

COMENTARIOS MEDICOS

Empeñados en un noble esfuerzo nacional, los ministerios de la economía y del trabajo, higiene y previsión social vienen realizando una activa campaña por aumentar el consumo de café dentro del país.

Es evidente, según lo muestran las estadísticas, que de todos los países que producen café suave, el nuestro es el que relativamente bebe menos café, comparativamente a su población. Estamos por debajo de Costa Rica y Guatemala, por ejemplo, donde el consumo es mucho mayor, no obstante que tienen algo menos de la mitad de nuestra población. La razón de ello es que siempre hemos ignorado el valor de esta saludable bebida, a la cual hacemos y hemos hecho intensa propaganda más allá de nuestras fronteras. El americano y el europeo saben de sobra qué es el café; cómo se produce y su clasificación botánica. Gran parte del pueblo colombiano, productor de él, ignora todo esto y sólo sabe que en lugar de esta bebida de ahorro debe tomar chicha o aguardiente.

En efecto, lo único innegable es que en Colombia el pueblo no se alimenta, pero en cambio se alcoholiza. Al pueblo obrero, al pueblo que no toma asiento en estos cafés de música estridente y de clientela de estudiantes, no se le facilita la vida y expansión espirituales en cafés o lugares decentes donde tome aquella bebida o pase las horas entre amigos y diversiones honestas. En lugar de café, que si lo toma es caro y mal preparado, se le envía hasta el trabajo o se le instala al lado de la vivienda la fatídica taberna, porque se le ha dicho que debe beber alcohol para suplir comida y para enriquecer el erario del Estado.

Por esto no es raro que de la capital de la república al último villorrio, el pueblo no conozca ni consuma el café. Las virtudes de esta sustancia, tipo de los alimentos que sobrepasan la antigua definición de los que se llamaban de "ahorro", son desconocidas totalmente y sólo tienen arraigos populares la chicha, el guarapo y el aguardiente.

Si los dos ministerios que se ocupan de esta campaña, desean que el pueblo colombiano aprenda a tomar café, sería un bello pro-

grama, sustituir en los municipios como en las veredas la sombría taberna por salones y mesas limpios donde él tome café y adquiera hábitos de ciudadano.

* * *

No dejan sí de causarme impresión los empeños y esfuerzos que gasta el ministerio de higiene en perseguir los fraudes y alteraciones que sufre el café por parte de tostadores o comerciantes inescrupulosos. En días pasados vimos en la prensa las fotografías de inmensos depósitos de café adulterado, que iban a ser quemados. Entre marcas y tipo que los destaquen, se publican también en los diarios los preventivos o avisos de aquel ministerio para que sepan las severas sanciones a que se hacen acreedores quienes vendan café con mezclas o sustancias diferentes.

Ningún empeño semejante le hemos visto para estimular, por ejemplo, la buena leche o leche higiénica. Norma ninguna ha salido de sus oficinas, para organizar y fiscalizar en debida regla el establecimiento de pasteurizadoras en muchas ciudades de Colombia. Lo único que sabemos es que, como me lo informa un alto empleado de la sanidad de una capital de departamento, él ha tenido que librar una encarnizada batalla para que la ciudad no se deje imponer una pasteurizadora que ha de recibir solamente las leches sucias y contaminadas que hasta ahora la alimentaran.

Porque éste es precisamente el punto capital en la industria lechera de la pasteurización: comenzar por mejorar ordeños, refrigerar la leche cruda y llevarla en las mejores condiciones posibles, hasta las máquinas de pasteurización. Lo otro, lo que se hace y se ha hecho hasta el presente, permitiendo la pasteurización de leches sucias y adulteradas, es sencillamente un atentado contra la salud pública y un hecho incalificable de parte de nuestras autoridades sanitarias. Eso es precisamente lo que no se permite ni en Estados Unidos ni en la Argentina, países donde la industria de la pasteurización está reglamentada y severamente controlada por el Estado a fin de que ella no se haga con miras de enriquecer a unos cuantos a costa de la salud de los ciudadanos. Pasteurizar leche sucia, es decir, embotellarla después de calentarla solamente a 60 ó 75 grados, es equivalente a captar las aguas contaminadas de un río o de una fuente para llevarla entre tubos hasta nuestros domicilios. Y todavía es quizás esto menos peligroso porque en la leche existen factores orgánicos especiales que la hacen eminentemente propicia a la vida y proliferación de los microbios y toxinas. Pasteurizar leche sucia y adulterada no es resolver un problema sanitario, sino agravarlo.

Menos tampoco ha podido el ministerio aludido ocuparse en intensificar el consumo de la leche y de la carne en el país por los medios que haya necesidad de adoptar ni ha cuidado de la pobreza y

adulteración de ciertos alimentos que como el chocolate, se venden hoy con mezclas o desprovistos de la grasa, que es la principal sustancia que los integra.

Tampoco se le ha dicho al país por qué razones se sustraen ahora a la economía nacional miles de pesos permitiendo la importación de alimentos que no son otra cosa que chocolate con nombres sonoros y con cantores y vedettas que contribuyen a consumo. Las famosas cadenas radiodifusoras son la fórmula invisible que insensatamente acepta el público para comer o beber un alimento que ignora si será bueno o malo para su organismo. Los médicos podemos decir de los inmensos desastres que en niños y adultos han ocasionado estos mágicos alimentos que dizque llevan vitaminas y mil virtudes más, pero que en evidencia no son otra cosa que el humilde chocolate reducido a polvo y combinado con leche.

No he podido entender por qué es bueno a la economía nacional consumir solamente café puro y no también leche sana y abundante, chocolate integral y carnes diferentes, si todo esto no es otra cosa que la vida económica de la nación y la fortaleza de sus ciudadanos.

Profesor Jorge Bejarano.